

AL DOCTOR LAFOSSE:

Mucho me interesan sus preciosas observaciones. Es una gran fortuna para Eos el contar con un lector tan inteligente e ilustrado.

....Pero ¿cómo responder a sus críticas? ¿cómo defenderme? ¿Ni cómo meterme yo a explicar el pensamiento de Bergson o el de Dastre?

En español decimos: «mal de muchos, consuelo de tontos». Y somos esta vez muchos, muchísimos, los que no vemos claro. Casi diría yo que la desgracia es universal, sin que pueda saberse quiénes son los que se enredan más. Aun los filósofos que se colocan sobre un cómodo terreno de hipótesis, no logran salir completamente airosos. Nuestro amigo Colins, por ejemplo, no obstante el haber *cor-tado* el nudo de la cuestión, afirmando—contra toda evidencia—que existe un abismo entre el «hombre» y los «animales», se ve obligado a admitir en su disertación *logo-arquista* estas dos cosas incompatibles: la «libertad del alma» y la «justicia eterna».

La justicia eterna es precisamente lo que nosotros llamamos determinismo.

A mi juicio, la verdad es que la mayor parte de las contradicciones son puramente verbales. En el fondo, no creo yo que haya gran diferencia entre el filósofo Lafosse y el filósofo Bergson.

E. J. R.

Ustedes saben que es frecuente atribuir los éxitos de Inglaterra al maquiavelismo de sus hombres políticos. Por eso hay en todos los idiomas europeos una frase análoga a la nuestra sobre la «pérfida Albión». Ustedes saben también que esa frase me parece nacer en profunda ignorancia de la psicología inglesa. Lo característico de los ingleses es la imprevisión, pero también la energía con que acuden a los conflictos que su imprevisión origina. El maquiavelismo es tan raro en Inglaterra como la originalidad en Alemania.

RAMIRO DE MAEZTU

Imprenta y Librería de Falcó y Borrásé.—San José, Costa Rica

San José, 3 de agosto de 1916

SEÑOR DON ELÍAS JIMÉNEZ

Mi estimado señor:

Ya sé, su «Respondiendo» de «Eos», fué escrito a propósito de unas líneas que tuve el atrevimiento de escribir en un libro suyo.

Permitame explicar un poco más el pensamiento allí esbozado.

No, yo no creo que la evolución zoológica haya alcanzado la perfección. Ignoro si se alcanzará algún día. Dije sencillamente lo que mis sentidos creen percibir, lo cual puede ser un engaño, no digo que no.

Dice usted: «vamos a la perfección». Si, talvez, pero luchando. Caminamos hacia la Armonía, escuchando los gemidos de los que resultan aplastados por los pies de los más fuertes. Noto que a la Vida no le importan nuestros dolores ni nuestras alegrías. Para alcanzar sus fines que ignoramos, a veces nos hace reír y otras llorar.

Quizá yo no me sé explicar y llamo «lucha por la vida» lo que en el lenguaje de los que saben tiene otro nombre.

Explíqueme usted, señor, que siempre sus lecciones serán escuchadas por mí con devoción y gusto.

Servidora,

MARÍA ISABEL CARVAJAL

\*\*\*

Yo no soy de los que saben. Empleo la expresión «afán de la vida» en vez de otra que generalmente es usada «lucha por la vida», porque no soy poeta ni filósofo ni naturalista. Usted no lo ignora: soy químico, de oficio.

Bien sé que hay luchas o conflictos en la vida; pero no comprendo que se hable de estos conflictos como de algo *condicional* de la vida. Me choca tanto esto como me chocaría la siguiente afirmación: «para que dos candelas ardan bien, es necesario que las luces interfieran». Las luces interfieren corrientemente, aquí y allá, pero tal interferencia no es una condición de luminosidad.

La vida de un organismo—cual la vida de la candelá—se mide por su *exteriorización*. Y esta exteriorización es tanto más intensa cuanto menores sean las dificultades que encuentre. ¿Le parece a usted una perogrullada esta afirmación? Pues los naturalistas alemanes que han pretendido hacerse los intérpretes del francés Lamarck y del inglés